

armada, no quedaron mas que los Franceses, que fueron los solos que huyeron. Los demas, todos fueron prisioneros, muertos ó ahogados.

Hugo Quieret fué asesinado á sangre fria despues de la batalla y Behuchet, dicen los historiadores, fué juzgado como pirata, y ahorcado del palo mayor de su navío.

En cuanto al rey Eduardo, no le valió su rango, pues, salió herido, en un brazo, del puñal de un valiente normando, que no llevaba otra piadosa intencion mas que atravesarle el pecho. Mas el rey no se desanimó por esto; vendóse y siguió dando sus disposiciones, mandando que tocasen, en señal de triunfo, trompas, tímboles, pitos, cornetas, tambores y otra variedad de instrumentos, haciendo tal algarabia, que dice Froissart, que aunque hubiese tronado espantosamente, ni siquiera se hubiera oido.

A este infernal ruido, corrieron á la orilla todos los buenos vecinos de Flandes; y al dia siguiente, que era el 26, el rey y toda su armada saltaron en tierra, despues de haber destruido la flota francesa, no como si la mano del hombre la hubiese tocado, sino como si Dios la hubiera aniquilado por un naufragio. En seguida Eduardo III y sus grandes se dirigieron, con los piés descalzos y la cabeza descubierta, en peregrinacion al santuario de Nuestra Señora de Ardemburgo, donde asistieron á la misa y al *Te Deum*; concluido lo cual, se encaminaron el mismo dia á Gante, donde los esperaba la reina, que los recibió con la mayor alegría y alborozo.

## XXVII

## TRECUAL

Apenas llegaron, lo primero que Eduardo trató fué de cumplir su promesa y de informarse de lo que les habia sucedido á los condes de Suffolk y de Salisbury. Entonces supo que los habian conducido á Francia, y que el rey Felipe habia jurado no entregarlos ni por oro, ni por plata, sino en cambio de otros prisioneros tan valientes y tan nobles como ellos.

Eduardo conoció que era inútil, en aquel momento, hacer nada sobre el particular, máxime cuando no estaria Felipe muy contento con la derrota de la Eclusa.

Por lo tanto prescindió de su idea y reunió un parlamento en Willeworde, en el que se debia renovar la alianza entre Flandes, Brabante y el Hainaut, siendo prefijado el 10 de Julio para esta ceremonia.

El referido dia, el rey Eduardo de Inglaterra, el

duque Juan de Brabante, y el conde Guillermo, se reunieron en Willeworde, acompañados del duque de Gueldres, del marqués de Juliers, de Juan de Beaumont, del conde de Mons, del marqués de Brandemburgo, de Roberto de Artois y del caballero de Fauquemont. Hallóse también el ex-cervezero Santiago de Artevelle con los diputados flamencos, para que la deliberación fuera hecha por todos y al gusto de todos.

Allí decidióse que los tres países, es decir, Flandes, el Hainaut y Brabante, serían desde aquel momento ayudadores y confortadores unos de otros, en todo caso y en todas las cosas; de modo que si alguno de los tres países dejara de cumplir lo prometido, los otros dos se lo hicieran sostener; si alguno de los dos discordaba entre sí, el tercero debía pacificarlos, y si no bastaba, apelarian á Inglaterra, que pronto los metería por vereda.

Todos hicieron juramento en manos del rey Eduardo, y en señal de esta unión se fabricaron monedas que debían tener igual curso en Flandes, Hainaut y Brabante, y que les pusieron el nombre de *las aliadas*. Después se formó un consejo, y se determinó que el 22 de Julio, día de Santa María Magdalena, el rey Eduardo dejaría á Flandes y marcharía con todo el ejército á poner sitio á Tournay.

Entretanto el rey Felipe que se había juntado en Arras con el duque Juan, su hijo, que estaba en el ejército como simple caballero, habiendo sabido las determinaciones del parlamento de Willeworde, envió al condestable Raoul de Eu, sus dos mariscales, Roberto Bertrand y Mateo de la Trie, el senescal de Poitou, el conde de Guyena, el de Foix y sus herma-

nos los condes Aimery de Narbona, Aymar de Poitiers, Godefredo Chargny, Gerardo de Montfaucon, Juan de Landas y monseñor de Chatillon, es decir, la flor y nata de su reino, con orden de que defendieran á Tournay, que como sabían, era una de las principales puertas de Francia.

Después, siguiendo la política adoptada e y previendo que aquel era el momento de dar un gran golpe, mandó para Escocia al rey David y su mujer, que hacia siete años permanecían en Francia, acompañados de una buena escolta de guerreros y dinero, mientras que sus partidarios le iban palmo á palmo reconquistando su reino, como lo hemos visto en los capítulos precedentes.

Mientras que se hacían tantos preparativos de guerra y desde la Bretaña hasta el fondo del imperio germánico, nadie pensaba más que en combates y conquistas: dos espíritus solos, cual si fuesen ángeles de paz, lloraban tanta sangre y deseaban la conclusión de tantas luchas y querellas: uno era el rey Roberto, apellidado *el bueno*, que aun lo llamaban *rey de Sicilia*, aunque no poseyese esta isla desde que su padre Carlos de Anjou la perdiera en la famosa jornada de las Vísperas Sicilianas, y el cual había mandado sus pliegos, á fin de que el rey Felipe no peleara con Eduardo, atendido á que los astros daban innegables señales de que aquellas batallas serían perjudiciales á la Francia: el otro espíritu era Juana de Valois, hermana de Felipe y madre del joven conde de Hainaut, que veía con gran dolor levantadas las espadas entre su hijo y su hermano, es decir, entre el tío y el sobrino; estos dos espíritus se habían comunicado sus ideas por cartas; si bien el

rey de Nápoles había juzgado que la cosa era demasiado seria, y había ido en persona á Aviñon para suplicar al papa Clemente VI interviniese en aquella querrela; este era uno de esos reyes menos raros entonces que en nuestra época; los cuales, científicos ellos de por sí, aman las letras, comprendiendo que la inteligencia es el alma de los reinos, y que no hay monarquía grande ni espléndida sino la que está alumbrada por los rayos celestiales de la poesía: así, desde que se decidiera en toda la Italia la coronacion de Petrarca, el rey de Nápoles se había hecho poeta, erudicion algo pedantesca, si se quiere, mas que le había valido el título de gran rey de toda la cristiandad. Esto no es de extrañar cuando Francisco I y Luis XIV se cubrieron con el broquel milagroso del Parnaso, para embotar en él los tiros de la historia.

Roberto había hallado al Papa y á los cardenales muy dispuestos á intervenir en aquella guerra tan fatal para los dos reinos; de modo que seguro de los buenos deseos de la corte pontificia, se volvió á su país á releer á Dante y á coronar á Petrarca.

Entretanto Eduardo, que ignoraba estas cosas, partió á su tiempo de Gante para Tournay con una armada, en la que se contaban dos prelados, siete condes, veinte y ocho banderas, doscientos caballeros, cuarenta mil guerreros y nueve mil arqueros, sin contar toda la servidumbre, que subiria á unos quince ó diez y ocho mil hombres.

Apenas se había acampado ante la ciudad por la puerta llamada de San Martin, se le reunieron su primo Juan de Brabante con veinte mil lanzas (el que estableció su campo junto á la abadía de San Nicolás

en Puente-de-Ranas), el conde Guillermo de Hainaut con lo mas florido de la nobleza holandesa y zelandesa, y Santiago de Artevelle con mas de sesenta mil Flamencos. Despues llegaron los señores del imperio, el duque de Gueldres, el marqués de Juliers, el de Brandemburgo, el margrave de Misnia y Oriente, el conde de Mons, sir de Fauquemont, Arnaldo de Blankenheim, y todos los alemanes, con lo que se completó un círculo de ejército que tenia tres leguas de extension.

El sitio duró once semanas, durante las cuales hubo rudos asaltos en los que ambos ejércitos daban á conocer su valor, pero sin resultado ventajoso de una ni otra parte, pues todo se reducía á incendiar algun pueblecillo ó asaltar una abadía.

Mientras tanto, el papa de Aviñon había mandado un cardenal al rey de Francia, exhortándole á la paz, mientras que Juana de Valois que, como ya hemos dicho, era hermana de Felipe y suegra de Eduardo, corría de un campo á otro abrazando las rodillas de los dos príncipes é impulsando á uno y á otro á la paz. La paz era imposible, porque Eduardo tenia que cumplir su juramento: de consiguiente, la hermosa dama no suplicaba ya mas que una tregua. Para apoyo de su solicitud, escribió al emperador de Alemania, el cual, por segunda vez, mandó un heraldo al campo de Eduardo, proponiéndole seria el mediador entre él y el rey de Francia. Por último, á tanto suplicar ¡quién había de resistir! máxime conociendo Eduardo que Luis V podía resistirse y lo perderia casi todo.

Así es que se determinó enviarían cada uno de los

dos reyes cuatro mandatarios con plenos poderes para celebrar el concordato.

El día señalado oyeron todos misa en la capilla de la Virgen de la Paz, y despues se reunieron en los campos de Esplechin, siendo acompañados de madama Juana de Valois. Los enviados por parte del Francés fueron Juan de Bohemia, Carlos de Alenzon, el obispo de Lieja y el conde de Armagnac; y por parte de la Inglaterra, el duque de Brabante, el marqués de Juliers, el obispo de Lincoln y Juan de Beaumont.

Las conferencias duraron tres días: en el primero todo fué alboroto, y los enviados se hubieran retirado sin conseguir nada, á no ser por Juana de Valois, que tanto suplicara, que consiguió se aplazaran para el siguiente; el segundo consiguieron ponerse acordes sobre ciertos puntos; pero ya era tan tarde, que no pudieron tomar actas ni consignar por escrito los tratados; por último, volvieron al tercero, y entonces, con gran placer de Juana de Valois, se firmaron por un año las treguas de paz entre ambos reinos.

El mismo día se supo la noticia en ambos ejércitos con placer de todos, pues siempre la guerra es fatal para los pueblos, principalmente para el Hainaut, que hacia dos años estaba sufriendo todo el peso de ella, y para los de Tournay, pues, ya el hambre iba dejándose sentir, y con dos semanas mas de sitio, se hubieran comido unos á otros sin duda.

La noche se pasó en los regocijos consiguientes á la tal noticia, por parte de los sitiados y sitiadores. A la mañana siguiente estos recogieron sus tiendas, las cargaron sobre sus carretas, y se retiraron can-

tando y contentos como los segadores que han concluido sus cosechas.

En cuanto al rey Eduardo, volvió á Gante, recogió á su esposa y se volvió á Londres el 10 de Noviembre del mismo año.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1949. 1625 MONTERREY, MEXICO

## XXVIII

JUAN DE MONTFORT

Por mas que hiciese Juana de Valois por lograr el tratado de Tournay, era evidente que esta tregua se asemejaba mas á uno de esos momentos de reposo que se toman para continuar el combate con mas ardor, que no á preliminares de paz; por otra parte, cuando Eduardo volviera á Londres, dos causas, la una preexistente, la otra pronta á nacer, habian de levantar una nueva polvareda que habia de enturbiar el ojo mas experto en la política.

Estas dos causas, la primera de ellas, era la vuelta del rey David Bruce á su reino.

Despues de una venturosa travesía á bordo de un excelente buque, mandado por Marcos Fleming de Cummirnald, habia desembarcado en Inverbervich, en el condado de Kincardine, con su esposa Juana de Inglaterra, y habia sido recibido por la nobleza escocesa con aplausos y entusiasmo, la que lo llevó

en triunfo hasta S. Justo, pronto la noticia de su vuelta se esparció por todas partes; de manera que cada cual, ansioso de volver á ver al rey, ausente por siete años, afluia á su paso, impidiéndole el andar por las calles, cuando salia, y siguiéndole hasta los mas retirados aposentos, cuando entraba en su palacio; estos públicos testimonios de amor conmovieron al rey, por algun tiempo; pero pronto, esta ovacion eterna, que en todas partes le seguia, le fatigó hasta el punto que, un dia en que la multitud habia penetrado hasta el comedor y se apiñaba á su alrededor con la importunidad ordinaria, cogió, cediendo á un impulso de impaciencia, una maza de armas, de manos de uno de sus guardias, y le dió un mazazo á un pobre sastre, que le cogió el vestido para ver la tela.

Este arranque real hizo su efecto. A contar desde este dia, David Bruce fué menos atormentado por los curiosos, y viendó, al fin, que tenia algunos momentos desocupados, pudo entregarse á la direccion de los negocios del reino.

Su primer cuidado fué enviar mensajeros á todos sus amigos, para que viniesen á ayudarle en la guerra contra el Inglés, con la misma decision con que habian sostenido su causa durante su ausencia.

A este llamamiento contestaron, en primer lugar, el conde de Orkenay, su cuñado, los de Hebrides y Orcades, los de Suecia y Noruega, en fin, llevando mas de sesenta mil infantes y tres mil caballos.

Volvamos á las dos causas, de las cuales ya hemos explicado la primera.

La segunda causa era, como lo dijimos, no existente, sino pronta á nacer, y nada menos que en el mismo corazon de la Francia.

Al volver del sitio de Tournay, Juan III, llamado *el bueno*, duque de Bretaña, que habia dejado su provincia por mandato del rey Felipe y habia ido en socorro de su señor, con mejor ejército que ninguno, al volver á su ducado, cayó enfermo, pero de una enfermedad tan rara, que murió en poco tiempo y con una muerte espantosa. Para mas desgracia, el pobre duque no tenia hijos, y dejaba su ducado sin heredero directo. Pero, en cambio, tenia dos hermanos, el uno de padre y madre, es decir, legítimo, que habia muerto en 1334, dejando una hija única, llamada Juana, casada con el conde Carlos de Blois; el otro hermano era bastardo, llamado Juan, conde de Montfort, que, aunque hijo del mismo padre, habia nacido durante el duodécimo matrimonio de Arturo II con Yolanda de Dreux. De modo que, viéndose sin posteridad, el buen duque pensó que la hija de su hermano legítimo tenia mas derecho al ducado, que no su hermano bastardo; de consiguiente, casó á su sobrina con el conde Carlos de Blois, sobrino de Felipe de Valois, esperando que este augusto pariente impondria á Juan de Montfort, del que no dudaba intentaria ganar su ducado.

El moribundo no se habia engañado en sus predicciones; porque apenas la noticia de su muerte llegara á oídos de su hermano, cuando este, aunque desposeido por el testamento, marchó en seguida á Nantes, que era la ciudad capital de la Bretaña, haciendo tantas concesiones y liberalidades con el pueblo y todos los lugares circunvecinos, que lo proclamaron su señor y dueño, y ciñóse la corona de gran duque.

Hecha esta ceremonia, el conde dejó en Nantes á

su esposa, la que poseia un corazón de hombre y las fuerzas de un león, y partió para Limoges, donde sabia estaba el gran tesoro, que el difunto duque habia ido juntando poco á poco.

Las mismas fiestas y la misma recepcion tuvo aquí que en Nantes: gracias á su liberalidad y á sus dineros, el pueblo y el clero lo acató y proclamó; despues, volvióse á Nantes, y empleó el tesoro en levantar un poderoso ejército, con el que conquistó todo el país; sucesivamente á Brest, Rennes, Auray, Vannes, Hennebón y Carbaix; despues, luego que se vió en posesion de todas estas ciudades, embarcóse en Coridor, atravesó el mar y desembarcó en Cheretsey, y habiendo sabido que el rey de Inglaterra estaba en Windsor, fué á verle inmediatamente y le contó cuanto habia hecho, prometiéndole prestarle homenaje, si él se comprometia á mantenerle en su ducado.

El ofrecimiento del conde de Montfort era muy favorable á los planes políticos de Eduardo, para que él no lo aceptase.

Pensó que cuando espiraran las treguas, seria por Bretaña por donde entraria en Francia y en el momento concedió al conde de Montfort cuanto le pedia, y, en presencia de los barones ingleses y, de los que habian ido acompañando al conde, recibió entre sus manos el juramento de homenaje del duque, y, en cambio, juró que guardaria y defenderia al conde como su vasallo, contra todo el que intentara atacarlo, aunque fuese el mismo rey de Francia.

Entretanto, Carlos de Blois, el cual por su mujer tenia derechos al mismo ducado, vino á París á que-

jarse al rey Felipe, su tío, de la expoliación del conde de Montfort.

El rey Felipe, juzgando al punto lo importante de la cuestión, había juntado sus Doce Pares para consultarlos y determinar lo que debía hacer.

La determinación fué, que debía citar al conde de Montfort, para ante él fallar el expediente. En consecuencia, se le enviaron mensajeros, los que lo hallaron en Nantes, de vuelta de Londres, ocupado en las fiestas más espléndidas. Ellos expusieron sabia y respetuosamente su misión. El conde, habiéndolos escuchado, respondió que obedecería al rey y que no faltaría á la cita; después, hizo tantos regalos á los mensajeros, que estos fueron maravillados, y contaron al rey la munificencia del conde.

Cuando llegó la época de ir á ver al rey, el conde de Montfort ordenó un espléndido cortejo y partió de Nantes, acompañado de infinitos caballeros y escuderos, y recogió tantos en la travesía, que entró en París, acompañado de cuatrocientos caballos.

Al momento, marchó al alojamiento que le tenían preparado, siempre guardado por sus armados, y, al día siguiente, montó á caballo, y seguido del mismo séquito, se encaminó al palacio, donde lo esperaba Felipe de Valois, el conde Carlos de Blois y los primeros señores y nobles del reino.

Llegado allí; el conde de Montfort bajó del caballo, subió lentamente las gradas del peristilo y entró en la sala donde se hallaba reunida la corte; después, saludó á los nobles y barones y se encaminó seguida donde se hallaba el rey; entonces, levantó erguido la cabeza y le dijo con la mayor calma y tranquilidad :

— Señor... aquí me teneis.

— Conde de Montfort, respondió el rey, la prontitud con que me habeis obedecido, no la echaré en olvido y la tendré presente.

Hubo un momento de silencio.

El rey prosiguió :

— Pero he extrañado mucho, caballero, que hayais sido tan osado, que os hayais apoderado del ducado de Bretaña, al cual no teneis ningún derecho, desheredando al herejero legítimo, y además prestando homenaje á mi adversario, el rey de Inglaterra, según me han informado.

— Señor, contestó el conde, inclinándose de nuevo, creo que padeceis una equivocación, al hablar de mis derechos, sobre el ducado de Bretaña... Mi hermano murió sin herederos, y el único más inmediato soy yo.

— ¿Vos?

— Sí, yo, á lo menos, así lo creo. Mas si, contra toda mi esperanza, vos juzgais algún otro apto para la sucesión, yo soy muy humilde y leal para no acatar vuestras determinaciones y respetarlas y... hacerlas respetar.

— Bien, conde.

— En cuanto á mi homenaje al rey Eduardo... os han informado mal; señor, y... es todo cuanto tengo que deciros.

— Estoy satisfecho. Por lo tanto, os mando no salgais de París hasta dentro de quince días, en los cuales el tribunal de los Doce Pares decidirá si el ducado de Bretaña pertenece á vos ó al conde Carlos de Blois.

— Muy bien, señor.

— Y sabed, conde, que si desobedeceis mis órdenes, en lo mas mínimo, incurriréis en mi enojo y seréis castigado como desleal.

— Señor, cumpliré vuestras órdenes.

— Podeis retiraros.

— Dios os guarde, monseñor.

El rey saludó con un movimiento de cabeza.

Montfort salió, y se retiró á su casa.

Empero, en vez de sentarse á comer, se retiró pensativo á su cuarto, imaginando y reflexionando que, si se quedaba á esperar el juicio de los Pares, oiria probablemente su destitucion, pues, Carlos de Blois era sobrino del rey, y á él no le tocaba nada.

Además seria muy probable que el rey, en caso de que lo destituyeran, lo meteria en una prision, y lo tendria encerrado hasta que el otro tomara posesion del ducado con todas sus ciudades y castillos; item mas, con el tesoro que él habia encontrado, y del cual habia gastado alguna parte.

De consiguiente, le pareció seria mas sabio y prudente el marchar á Bretaña, que no quedarse en París, expuesto á toda eventualidad. De modo que aquella misma noche salió disfrazado de París, acompañado de dos caballeros solamente, para no despertar las sospechas, recomendando á los demás de los suyos que hicieran lo mismo, y á pequeñas jornadas y con el mayor descanso llegó á Bretaña, cuando el rey Felipe lo hacia aun en su palacio de París.

No obstante, apenas llegara, comprendiera todo el peligro de su posicion, y sin perder un instante, ayudado de su mujer, que, en vez de desanimarlo en sus proyectos de rebelion, le infundia siempre un nuevo valor, recorrió todas las ciudades y todos los casti-

llos, puso en ellos abundantes víveres, buenos capitanes y valientes soldados, y se volvió á Nantes, al lado de su esposa, á esperar que estallara la tempestad.

Empero, ni aun la proximidad de la tormenta le inquietaba, pues, volvemos á decir, que el conde de Montfort era arrojado cual ninguno, y además su mujer no cesaba un instante de animarle, y pintábale á cada momento el mas brillante porvenir.

## XXIX

## CARLOS DE BLOIS

Nuestros lectores comprenderán fácilmente, cuál sería la cólera del rey de Francia y del conde Carlos de Blois, cuando supieron la fuga del conde de Montfort. Esperaron á que espirase el plazo de los quince dias, época en la cual los Pares debian dar su juicio sobre el ducado de Bretaña.

Carlos de Blois no las tenía todas consigo; pero cuando supo la fuga de Montfort, ya no dudaba que el éxito le sería favorable. Así sucedió: el conde Juan de Montfort fué destituido: y el ducado de Bretaña, por unanimidad de votos, fué concedido al conde Carlos de Blois; pero esto no era todo, era preciso que el nuevo heredero tomase posesion del ducado.

Así, apenas el juicio fué rendido, por plena sentencia del tribunal, el rey llamó á Carlos de Blois y le dijo:

— Querido sobrino, ya el tribunal ha fallado la

causa en vuestro favor, ahora lo que teneis que hacer es reconquistar lo que os han quitado, y eso pronto, cuanto antes; rogad á vuestros amigos os ayuden en vuestra empresa. En cuanto á mí, no os haré falta; contad con todo el dinero que necesiteis y con mi hijo el duque de Normandía, que se pondrá á vuestras órdenes con su ejército; pero apresuraos, porque si Montfort llega á recibir los socorros de Eduardo, como señor feudal, entonces, sobrino, no respondo de vos, y aun estoy por decir que á mí mismo me habian de dar que hacer los Ingleses.

Mesire Carlos de Blois, á estas palabras, se inclinó ante el rey, le besó la mano y le dió las gracias; despues, volviéndose hácia la nobleza, rogó al duque de Normandía, su primo, al conde de Alençon, su tío, al conde de Blois, su hermano, al duque de Borgoña, al de Bertur, á sir Luis de España y á Santiago de Borbon, al conde de Guinea, al condestable de Francia, al vizeconde de Rohan, en fin, á todos los principes, condes, barones y señores que se hallaban presentes, lo ayudasen en su empresa, y todos se lo prometieron. Despues, todos se retiraron á apresurar sus preparativos y á disponer el viaje.

Además, como todos sabian que el rey Felipe se interesaba por todo lo de su sobrino, todos se alistaron en un momento; de suerte que, hácia principios del año de 1341, los barones y señores que debian marchar bajo la bandera del duque de Normandia, se hallaron reunidos en la ciudad de Angers, de donde partieron para Aucenis, que era la frontera del reino.

Alli pasaron revista general y contaron con tres mil lanzas, sin los jinetes que ascenderian á otro

tanto. Enseguida marcharon y pusieron sitio á Chantonceax. Las primeras tentativas contra esta fortaleza fueron desastrosas, y tuvieron en ellas grandes pérdidas. Pero, poco á poco, fueron regularizando sus máquinas, y pusieron el fuerte en un rigoroso bloqueo.

Como los de la ciudad se vieron sitiados con tal denuevo y valentía, sin tener la menor esperanza de ser socorridos, se rindieron á los Franceses, capitulando á discrecion, y con el objeto de sacar todo el fruto posible de esta victoria, se dirigieron estos en derechura á Nantes, donde se hallaba el enemigo; el conde de Montfort.

Cuando llegaron ante la ciudad, levantaron sus tiendas y enarbolaron su bandera con todas las ceremonias que usaban los Franceses en aquella época; por su parte, los de la ciudad, animados y enardecidos por el conde de Montfort y Hervey de Leon, que mandaba la vanguardia, se aprestaron á oponer á sus enemigos una defensa digna del ataque.

Las hostilidades empezaron por las escaramuzas sin consecuencias; al fin, aconteció una aventura, que tuvo graves resultados, la contaremos con todos sus detalles.

Una mañana que los soldados del conde y algunos vecinos de la ciudad habian salido para hacer un reconocimiento por los alrededores, encontraron un convoy, compuesto de unas quince carretas, cargadas de víveres y de botas de vino, las cuales se encaminaban á la armada enemiga, bajo la custodia de sesenta hombres. Como los de la ciudad eran doscientos, ó poco menos, corrieron sin vacilar há-

cia ellos, degollaron una parte de la escolta, pusieron el resto en fuga, y haciendo volver las carretas, empezaron á conducir las hácia la plaza.

La noticia de esta sorpresa se esparció al momento en Nantes, y en el instante se armaron todos, montaron á caballo y salieron á reunirse al convoy cerca de la batrera. Allí empezó un encarnizado combate, porque los enemigos habian acudido también á defender los víveres, y de tal modo esgrimian sus aceros, que, sin duda alguna, los soldados y los vecinos de Nantes hubieran sido derrotados, si un destacamento, enviado por la guarnicion, no hubiera venido en su ayuda y equilibrara la batalla.

Entonces, algunos, mientras que se batian sus camaradas, desataron los caballos y los dirigieron hácia la ciudad, á fin de que, en el caso de que los Franceses salieran victoriosos, no pudiesen llevarse las carretas.

La lucha continuaba con mas ardor, la carnicería era espantosa, tanto que los de Nantes, viendo desde lo alto de las murallas que sus amigos eran segados como espigas, salieron en tropel de la ciudad, y se precipitaron en desorden en medio de la pelea. Entonces, viendo Hervey de Leon que aquel modo irregular de combatir no podia dar los mejores resultados, ni tampoco podia durar mucho tiempo, ordenó la retirada. Los guerreros, habituados á las manobras militares y á las voces de mando, obedecieron al punto con orden y precision; pero los vecinos, ignorantes de esta clase de ejercicios, se encontraron empeñados en medio de los Franceses, sin jefes que los mandasen, y, por consiguiente, sin union para

defenderse y atacar : resultó pues que casi todos fueron muertos ó prisioneros, mientras que los soldados, batiéndose en retirada y por compañías, entraron en la ciudad sin haber perdido ningun hombre, en tanto que los vecinos habian tenido cien muertos, doscientos heridos y trescientos prisioneros.

Resultó de esta aventura, suscitarse un descontento general entre los de la ciudad y los soldados, pues, pretendian haberlos abandonado en esta ocasion.

Así es que, tanto por esto como para salvar sus intereses particulares, sus hijos y esposas, determinaron entablar conferencias secretas con el duque Carlos, prometiéndole, si este les garantizaba sus bienes y sus vidas, que una noche abririan las puertas de la ciudad para que entrasen las tropas Francesas, y que prenderian al conde de Montfort en su mismo castillo.

Estas ofertas eran muy ventajosas al duque de Normandía, para que las rehusase. Fueron acordadas en el momento; y al prefijado dia, los Franceses encontraron la puerta abierta, marcharon derechos al palacio, y antes que el conde de Montfort pudiese siquiera pensar en defenderse, lo aprisionaron y condujeron al campamento, y entraron en la ciudad, no como enemigos, sino como amigos, pues así lo habian prometido.

Carlos de Blois puso buena guarnicion en Nantes, y se volvió á Paris con su prisionero, el conde de Montfort, el cual fué encerrado en la torre del Louvre como reo de traicion y deslealtad.

## XXX

## UN ARROJO IMPRUDENTE

Mientras que estos acontecimientos tenian lugar en Nantes y Paris á fines de diciembre de 1341, Eduardo, que sabia que las hostilidades habian empezado entre Bretaña y Francia, se preparaba á enviar, segun lo habia prometido, tropas á su vasallo; pero Juan de Neufville llegó una mañana de Newcastle, del cual, como hemos dicho, era gobernador, á decir al rey que en aquellos momentos se ocupara de sus negocios, antes de pensar siquiera en intervenir en los ajenos.

Ya hemos dicho como el rey David habia hecho su llamamiento, y como cada cual se habia apresurado á contestar, fuera por amor á él, fuera por odio á la Inglaterra : el resultado fué, que su ejército fué reclutado en el instante con mas de sesenta y cinco mil hombres y tres mil caballos. David Bruce, despues de haber reconquistado todo su reino, penetró